

definen la forma de vida actual en la sociedad española y, por supuesto, la manera de vivirla (vivir evitando los problemas, divertirse trasgrediendo lo cotidiano²⁴ e, incluso, las reglas socialmente aceptadas, agarrarse al día, llenar el ocio, sentirse único y superior: consumir). Por ello, para Subirats²⁵, la transición supone «la estrepitosa degradación de las expresiones del pensamiento» y la suplantación de «la reforma de una vida cultural asfixiada bajo la dictadura militar por estrategias de simulación de lo nuevo». Algo semejante puede predicarse cuando hablamos de libros y de cultura con mayúsculas, hoy destinados a una élite reducida –¿cuánta es su importancia y cuándo se revela o revelará?–, en tanto que el grueso de los lectores buscan llanamente entretener el ocio.

2.3. *La mujer y la literatura española reciente*

Sí, es cierto, a partir de 1970, se produce una eclosión de la creación femenina en España. Junto a la exigua nómina de escritoras del primer tercio del XX que aún sigue en activo –Rosa Chacel o María Teresa León, pongamos por caso–, están en la brecha, codo con codo, las potentes escritoras de la «generación del 36», del 50 o del «medio siglo», y, junto a ellas, la abundante hornada, en su momento jóvenes promesas y hoy realidades, bautizada como «generación del 68» (Ana María Moix, Esther Tusquets, Monserrat Roig, Marina Mayoral, Lourdes Ortíz, Carme Riera, Rosa Montero, Cristina Fernández Cubas...). Una nómina que en las tres últimas décadas del siglo XX no ha hecho otra cosa que aumentar²⁶, practicando todos los géneros y vías creativas posibles.

²⁴ En la actualidad, no se debería olvidar que la diversión simple o el hedonismo superficial, cuando se les otorga consideración de transgresores de la convención social, no se hace otra cosa que abonar el campo contrario.

²⁵ «Art. Cit., pp. 21-26.

²⁶ Esther Tusquets, Rosa Regás, Ana María Moix, Ana María Navales, Carme Riera, Nuria Amat, Enriqueta Antolín, Lourdes Ortíz, Monserrat Roig, Rosa Montero, Soledad Puértolas, Adelaida García Morales, Ana Rossetti, Fanny Rubio, Maruja Torres, Carmen Gómez Ojea, Cristina Fernández Cubas, Arantxa Urretabizcaia, Pilar Cebreiro, Emma Cohen, Pilar Pedraza, Paloma

Sin embargo, esta numerosa presencia, cuantiosa sí, aunque obtiene un digno seguimiento lector e, incluso, un seguimiento informativo en los medios de comunicación, no concuerda con el reconocimiento obligado. No nos referimos únicamente a certámenes puros, o sea aquellos considerados socialmente como comerciales²⁷, sean recientes o de larga trayectoria, sino de manera espe-

Díaz-Mas, Rosa Pereda, Clara Janés, Olga Xirinacs, Mercedes Soriano, Julia Uceda, Marina Mayoral, María Barbal, Rosa Lentini, Pureza Canelo, Isabel Clara-Simó, Clara Usón, Ángeles de Irisarri, Ángeles Caso, Julia Otxoa, Neus Aguado, Dolores Soler, Almudena Grandes, Clara Sánchez, Elvira Lindo, Carmen Posadas, Chantal Maillard, Amalia Iglesias, Blanca Andreu, Julia Escobar, Olga Merino, Alicia Giménez Barlett, Dulce Chacón, Teresa Garbi, Paloma Pedrero, Ángela Vallvey, Mercedes Abad, Beatriz Pottecher, Pilar Eyre, Pilar Fernández Ventura, Belén Gopegui, Alicia García Soubriet, Paula Izquierdo, María Tena, Olvido García Valdés, Juana Salabert, Maria Àngels Anglada, Maria Mercè Roca, Luisa Castro, Inma Monsó, Laura Freixas, Espido Freire, Marta Sanz, Marta Rivera de la Cruz, Susana Fortes, Lucía Etxebarria, Eugenia Rico, Concha García, Blanca Riestra, Nativel Preciado, Inma Chacón, Marta Sanz, Care Santos, Berta Serra Manzanares, Rosa Romojano, Olga Guirao, Lola Beccaria, Nuria Barrios, Isla Correyero, Mercedes Castro, Ana Merino, Ada Salas... son habituales en novela, poesía y teatro en el último tercio del XX.

²⁷ Al repasar el Premio Nadal en sus primeros cincuenta años (convocatoria de 1995) da como resultado ocho nombres de mujer. Y, de forma increíble, solamente dos entre 1970 a 1994 (Carmen Gómez Ojea, 1981, y Rosa Regás, 1994) frente a las seis (C. Laforet, Elena Quiroga, D. Medio, Luisa Forrellad, C. Martín Gaité y Ana María Matute) entre 1944 y 1960. En medio, diez años de significativa y prolongada sequía.

Similares resultados acumula, por ejemplo, el Premio Herralde, editorial con etiqueta «progresista». Tomando como cierre 1999, en diecisiete años de convocatoria, tan sólo se observa la presencia, incluyendo accésit, de siete escritoras (Paloma Díaz-Mas, Adelaida García Morales, Luisa Castro, Berta Manzanares...) entre veinticinco obras galardonadas. Más penuria encontramos en el «Anagrama de ensayo»: cuatro mujeres entre treinta y cinco obras, finalistas incluidos.

Si analizamos el más veterano de los premios de poesía, el «Adonais», en sus primeros cincuenta años, de 1943 a 1993, media docena de poetisas han obtenido el galardón (María Elvira Laccaci, 1956; Pureza Canelo, 1970; Blanca Andreu, 1980; Amalia Iglesias, 1984; Rosanna Acquarini, 1987...) y apenas una veintena han obtenido accésits. La presencia, frente a lo que sucedía con la novela –premio Nadal– se invierte: mucho más de la mitad de las premiadas lo han sido en la época de la democracia.

cial a aquellos propios del reconocimiento oficial²⁸ de una carrera literaria, y, por supuesto, a la presencia de la mujer en los premios de ámbito estatal no comerciales o institucionales²⁹. La resultante: De nuevo, la percepción social es distinta a la realidad social.

¿Causas?

Aunque, como afirma Anne-Marie Sohn en *La historia más bella del amor*³⁰, tras un largo recorrido mental, desde el XVIII al XX, los individuos –y, en especial, las mujeres– han conseguido liberarse de «la influencia de la religión, la familia, del pueblo y de las solidaridades del oficio», y, aunque, por ello, «dependemos menos de la moral colectiva y estamos menos sujetos a la naturaleza gracias al progreso técnico», todavía existen trabas poderosísimas. Y, por más que la base lectora española sea ampliamente femenina³¹ no debemos perder de vista el vigor y la importancia

Circunstancia que no cambia al traer a colación eventos claves de la cultura y literatura españolas. El Especial «Frankfurt, 1991»(nº 106-107 de la revista *Quimera*): de quince críticos consultados –entre ellos, cinco mujeres– acerca de los «Diez mejores libros españoles desde la Transición», no hay ninguno femenino. Y de las casi setenta obras seleccionadas, sólo cinco son de mujer (*El cuarto de atrás* y *El cuento de nunca acabar*, de Carmen Martín Gaité, *Barrio de Maravillas*, de Rosa Chacel, *La tumba de Antígona*, de María Zambrano, y *El mismo mar de todos los veranos*, de Esther Tusquets). Resultados semejantes se obtienen en otras consultas llevadas a cabo por los suplementos literarios de los diarios más importantes del país.

²⁸ Actualmente, son académicas tres mujeres (la escritora Ana María Matute, 1998, al historiadora Carmen Iglesias, 2002, y la investigadora científica Margarita de Salas, 2003) entre cuarenta seis miembros posibles.

²⁹ Hablan con sonora claridad los apenas ocho nombres inscritos en el listado del Ministerio de Cultura: Rosa Chacel y María Zambrano (Premios Nacional de Literatura en 1987 y 1988) Carmen Martín Gaité (Premio de las Letras Españolas 1994 y Premio Nacional de Narrativa 1978), Ana María Matute (Premio Letras Españolas 2007), Carme Riera (Premio Nacional de Narrativa 1995), Julia Uceda, Chantall Maillard y Olvido García Valdés (Premio Nacionales de Poesía 2003, 2004 y 2007, respectivamente).

³⁰ p. Cit. P. 114.

³¹ Tomemos el año 1993, por ejemplo: Del conjunto lector español, el 43 por ciento corresponde a las mujeres frente a un 38 por cien de hombres. En el

de determinados aspectos de tipo social, todavía muy vigentes si se observan desde una perspectiva general.

Vicenç Navarro, en *El subdesarrollo social de España*³², pone el dedo en la llaga al hablar de la contumaz permanencia de alguno de estos aspectos cuando afirma que las mujeres tienen poco poder en España y que aún, en la familia, es «la mujer la que cubre las grandes insuficiencias del Estado de bienestar» o que es elevado el «índice de empleo precario entre las mujeres de 16 a 30 años, el alto desempleo (el 15,9% de la fuerza laboral femenina en España se encontraba desempleada en 2003)...y la falta de una red de escuelas de infancia y de servicios domiciliarios». Son tres circunstancias que, cuando menos, impiden que la mujer compagine su responsabilidad familiar con un proyecto personal. Podríamos añadir otros, complementarios sin duda: falta de consideración social, condiciones por debajo de conceptos de igualdad³³ y, también, del bienestar, mayores obligaciones, peso de la tradición e, incluso, baja autoestima.

Pese a todo, ante la realidad social de la España actual, en la que es visible el empuje de la mujer, en especial durante las últimas décadas, parece incuestionable, además de imparable, la importancia de la mujer en los territorios de la creación literaria española ©

ámbito joven, la diferencia aumenta: 58 por ciento de las mujeres frente al 30 por cien de los hombres (Cito por *El Mundo*, 28 de mayo de 1995). Diferencias que aumentaron todavía más con el transcurrir de la década.

³² Barcelona, Anagrama, 2006, pp. 80-81.

³³ La ONU, en 1967, eliminó todas las formas de discriminación de la mujer. Pero como observa con tino Victoria Camps en su prólogo *Mujeres al alba* (op. Cit. P.11), aunque la progresión femenina es imparable, en términos mundiales la mujer aún lleva la peor parte: «de los mil trescientos millones de personas que viven en la pobreza, el setenta por ciento son mujeres. La mayor parte de los analfabetos son mujeres. Las mujeres ocupan entre el diez y el veinte por ciento de los puestos de administración y gestión en todo el mundo y menos del veinte por ciento de trabajo en las fábricas, sólo el diez por ciento de los escaños parlamentarios, y son menos del cinco por ciento los jefes de Estado».